

ó editor de la «Cuchara,» y se busca para ese mismo fin al gerente del «Buscapié.»

¿Estaba autorizada la «Prensa» para decir que la suposición de la cesion de Sonora *era falsa?*

Nosotros, con perfecto conocimiento de causa, sostenemos lo contrario. He aquí, en pocas palabras lo que sabemos de ese negocio.

M. Gwin habia visto muchas veces, en Paris, al emperador Napoleon, y le habia expuesto su proyecto de activar la emigracion de los confederados del Sur, fijándola en Sonora, por concesiones excepcionales hechas á los colonos.

Lo que Mr. Gwin pretendia, sobre todo, era la presencia de la bandera francesa en aquella provincia, para que les sirviera de garantía; y esto explica como el senador americano pudo obtener de M. Conti una carta para el mariscal Bazaine,

Quería constituir así una especie de protectorado que cubriese los colonos extranjeros y los mexicanos.

Cierto es que Sonora seguia siendo un Estado mexicano; pero por espacio de quince años quedaba bajo la inmediata y soberana proteccion de la Francia, que pagaba al gobierno mexicano el 10 por 100 sobre la exportacion de metales preciosos.

Esta combinacion propuesta por el senador americano, ponía al gobierno mexicano en posicion de pagar la deuda que le quedaba pendiente con la Francia, y la Francia quedaba garantizada con esa hipoteca disimulada de un Estado sumamente rico.

Para completar su proyecto, y con el fin de crearse una defensa en Sonora contra las agresiones posibles de los americanos del Norte, Mr. Gwin proponía que, cuando espirasen las contratas de los soldados del cuerpo expedicionario, les daría cierta cantidad de terrenos para explotar, ó un interes en la explotacion de las minas.

Precisamente en estos términos fué firmada la convencion Arroyo-Montholon, que se encuentra hoy en los archivos del ministerio de negocios extranjeros en Paris.

Y precisamente con la idea de hacerla ratificar, quería el gobierno francés imponer á Maximiliano la obligacion de reconocer, aun antes de que aceptase la corona de México, todos los actos y compromisos firmados por la regencia-Almonte.

El Archiduque rehusó entonces. ¿Podía deshacer esta prudente determinacion cuando Mr. Gwin llegó á México reclamando el apoyo del comandante en jefe cerca del gobierno imperial?

Como se ve, la prensa menuda de México tenia razon para protestar, y los procedimientos del coronel Boyer, lo mismo que los rigores de los consejos de guerra en cuanto á esas susceptibilidades y á esos artículos, eran muy severos, cuando menos!

El dinero comenzaba á escasear en medio de todas estas complicaciones. M. Langlais fué enviado por el emperador Napoleon para poner orden en la hacienda mexicana; pero la guerra lo absorbía todo, y

por otra parte, la muerte vino á impedir el término de una obra hábilmente comenzada, y á la cual M. Langlais habia dedicado todas sus fuerzas.

Ya en esta época obligaba el gabinete de Washington al gobierno francés á retirar sus tropas de México, y la caída de Maximiliano era inminente!

Los disidentes, alentados por las promesas de apoyo de los Estados-Unidos, se multiplicaban por todas partes, cuando llegó á México el baron Saillard. El Emperador estaba entonces en Cuernavaca, con uno ó dos de sus ministros.

La llegada del diplomático francés le sorprendió, y quiso conocer, antes de recibirlo, cual podia ser el fin de su mision.

Pronto se convenció, de una manera indudable, de que el baron iba á pedirle que tuviera á bien hacer conocer al Emperador de los franceses, la época en que podria subsistir sin el apoyo del cuerpo expedicionario.

Su primer movimiento fué de cólera, y hasta pensó no recibir al baron; pero algunos sabios consejos le hicieron variar de parecer.

Desde luego se comprende que la mision de M. Saillard no tendria resultados favorables. En rigor, Maximiliano podia resignarse á saber por este diplomático que el Emperador de los franceses condenaba á muerte al imperio mexicano; pero es evidente que no podia llevar la complacencia hasta el punto de fijar él mismo la fecha de su ejecucion. El baron partió,

pues, sin la respuesta que deseaba, pero en cambio conducia documentos del cuartel general y de la legacion francesa, que debian apresurar las decisiones del gabinete de las Tullerías.

En efecto, tres dias despues de la llegada de M. Saillard á Paris, anunciaba el «Monitor Universal» que las tropas francesas volverian á entrar en Francia en tres fracciones, y que en la primavera de 1867 habria salido de México todo el ejército.

Ademas las cajas del tesoro francés quedaban cerradas, desde entonces, para el Emperador de México.

El ministro de hacienda de México se desesperaba.

Las aduanas no bastaban para los gastos, gracias á la generosidad de la Francia que sacaba de ellas el 24 por 100 para pagar las reclamaciones inglesa y española.

No se podia continuar la administracion, sino ocurriendo á medios extremos, y este recurso repugnaba á Maximiliano. Por la primera vez tuvo el pensamiento de abdicar, pero esta idea duró poco en su espíritu, y muy pronto volvió á la esperanza.

Entretanto, era indispensable obrar.

Al momento convocó al mariscal, al ministro de Francia y al comisario de hacienda, y logró obtener de ellos que le prestaran la suma de medio millon de pesos mensuales hasta fin de 1867, para atender á los gastos del ejército.

Bien pudo hacerse esto por él, puesto que no habia

conseguido que se le dieran mas de cuarenta millones de los dos empréstitos mexicanos!

Y sin embargo, el gobierno francés no aprobó la concesion precedente!

El Emperador ocurrió, una vez mas, al talento del mariscal para organizar una fuerza capaz de defenderlo cuando el ejército francés evacuara á México.

En esta época se resolvió la creacion de batallones de cazadores de México, cuya formacion quedó encargada al general Osmont y al intendente Friant.

En cuanto al ejército mexicano, todo estaba por hacer todavia: ni un solo batallou estaba realmente organizado!

El Emperador reunió en su palacio al mariscal Bazaine, á Uruga, al general Osmont y al intendente Friant. El mismo presidió la sesien, pero no se consiguió nada.

Nada se podia conseguir....

En la primera sesion desenvolvió un plan el mariscal, que hubiera podido ser mas ó menos aplicable en Europa, pero que no podia serlo en México. Habló de conscripcion, y hasta de una caja de dotacion del ejército.

En este terreno era forzoso fracasar.

Estas conferencias fueron en Junio de 1866: ¿podremos ser tachados de parciales cuando nos atrevemos á decir que el ejército mexicano nunca estuvo organizado?

Mientras que el emperador Maximiliano se procu-

raba en vano un apoyo, queriendo organizar una fuerza armada, los Estados-Unidos enviaban al gobierno francés despachos, cuyo tono casi amenazador, causaba verdaderas inquietudes al gabinete de las Tulle-rias.

Por otra parte, el horizonte se oscurecia del lado de la Alemania y el Austria: importaba precipitar los acontecimientos.

Costara lo que costara, era preciso que el ejército francés regresara lo mas pronto á Europa.

Las promesas de Miramar estaban ya bien lejos!

En los últimos dias de Junio recibió Maximiliano una carta autógrafa del Emperador de los franceses: era corta, pero precisa. Le anunciaba que el tratado de Miramar estaba roto, y que el ministro de Francia estaba encargado de presentarle un ultimatum.

De pronto el Emperador entró en una agitacion extrema; pero luego, como anonadado bajo el peso de una decision soberana, cayó sobre su sillón entregado al mas profundo silencio.

Sentía desmoronarse el trono bajo sus piés, y antes de que se le escapara su corona para siempre, pensaba depositarla en manos de quienes se la habian entregado. Abdicaba!

La Fmperatriz se consternó al saber la resolucion de su marido, y en vano procuró combatirla al principio.

La abdicacion debió haber tenido lugar el 7 de Julio, dia de la fiesta del Emperador; pero desde los pri-

meros días de ese mes, ya la emperatriz Carlota había hecho desistir á Maximiliano de su proyecto. Se comprometió á marchar en persona, prometiéndose arreglarlo todo. ¿Se convenció el Emperador del éxito de la misión que la Emperatriz le proponía cumplir con toda la energía y toda la perseverancia de que era capaz, ó hizo una pura concesión á una mujer que le suplicaba tuviese fé en sus promesas?

Seguramente nadie lo sabe.

El ministro francés le presentó el ultimatum, como le había anunciado el emperador Napoleón; y precisamente en este momento crítico se alejaba el mariscal Bazaine de México, con pretexto de ir á facilitar el movimiento de retirada al general Douay, que no lo necesitaba! Sin duda operaba aquel movimiento en virtud de órdenes recientes que había recibido de París: hasta creemos que las había recibido á consecuencia del ultimatum!

El mariscal salió de México en los primeros días del mes de Julio; y tan convencido iba de que el Emperador abdicaría, y aun de que partiría, que dejó la orden al general d'Hurbal de dar al soberano todas las escoltas posibles hasta Veracruz, para proteger su retirada.

Aunque esta noticia la tenemos de una persona exactamente informada en todas las cuestiones concernientes al Emperador de México, la damos bajo toda reserva.

Sea como fuere, aquellas precauciones fueron inútiles, porque el desgraciado Emperador aceptó el ultimatum con todos sus rigores, y el 30 de Julio firmaba la convención que le dejaba por último recurso el producto de la Aduana de Veracruz, que estaba ya bastante reducido. En efecto, los ingleses y los españoles seguían percibiendo el 24 por 100 que les había concedido la generosidad del gobierno francés: este tomaba 50 por 100 de lo que quedaba á México, y el gobierno de Maximiliano no podía cojer mas que 38 por 100 para todos sus gastos. . . Y sin embargo, no lo percibió jamás! . . .

Algunas personas del círculo del Emperador, le habían aconsejado insistir enérgicamente en sus proyectos de abdicación, á pesar de la opinión de la Emperatriz.

Así es que, en dos cartas que le fueron escritas el 6 y el 7 de Julio, por una persona agregada hasta entonces á su servicio particular, leemos:

«México, 6 de Julio de 1866.

«Ya no es posible hacerse ilusiones.

«La caída de V. M. está concertada, prevista, decretada. . . En vano fundará V. M. sus esperanzas en la resistencia, en la lucha: creo que ya todo es inútil, mas todavía, peligroso.

L. DETROYAT»

«México, 7 de Julio de 1866.

«Sire:

«Las noticias llegadas de Europa esta mañana son fatales.

«Creedme, sire, ahora mas que nunca sereis abandonado; se os abandonará mañana, pasado mañana, poco importa, pero sereis abandonado. Si V. M. piensa retirarse despues de la salida del primer soldado francés, su resolucion será discutida ante la historia, ante la opinion pública.

«V. M. se encontrará en la alternativa de correr aventuras, de ponerse á la cabeza de las tropas (si las hay) y de hacer como Juarez, como Miramon y otros presidentes.

«Vale mil veces mas una caida digna.

«Oigo decir, porque se habla ya de una catástrofe próxima como de un hecho consumado, oigo decir que el Emperador envia á Mejía á la Sierra; que arma á Juan Francisco; que llama á Márquez. . . El Emperador se sostendrá: sí, es justo, porque los presidentes se han mantenido con menos que eso; pero V. M. faltará tambien al primer principio de su corona, que debe ser anti-revolucionaria por esencia.

«La proclama de Miramar pertenece á la historia: es la fé jurada!

«Los presidentes imponian préstamos forzosos para vivir. V. M. no puede aceptar esto, y sin embargo las cargas públicas se han recargado con dos préstamos onerosos.—Hoy la Francia reclama, y se hará pagar.

«Existe una cuestion de hacienda insuperable, y en ella son vencidos hasta los mas tenaces. Volveremos á caer en los préstamos forzosos.—Ya no hay aduanas, la revolucion está en todas partes.—Tampoco hay pacificacion posible despues de las noticias venidas de Europa, que van á alentar á los disidentes. . .

«¿Qué va á ser, qué es hoy ya la cuestion mexicana en Europa?

«Los Estados-Unidos exigen que los franceses desocupen á México. . . .

«Luego no hay mas que falta absoluta de dinero en México, presion de la opinion pública en Francia. . . .

«He aquí mis argumentos, y son irresistibles. . . .

«Se retirarán las tropas francesas. . . .

«Abandono, abandono por todas partes!

«Quiera el cielo que V. M. se convenza de esto, antes de la salida del primer soldado francés!

«Se pretende que si V. M. se retira, los mexicanos de todos los partidos, adormecidos hoy, despertarán para retenerlo. Sea; pero es necesario experimentarlo. . . . Y es preciso moverse, obrar pronto, sin ninguna indecision, adoptar un plan y seguirlo hasta el fin. Ya lo he dicho: estamos en los dias de las resoluciones supremas. . . .

«Quiera Dios inspirar bien á V. M!

L. DETROYAT.» (1)

(1) Como dije al principio, en mi nota relativa, aseguran algunas correspondencias de Paris que este es el autor de la presente obra anónima.—N. del T.

¿Porqué no fueron oídos estos sabios consejos?

¿Podía dudarse un solo instante, en efecto, lo irrevocable de las resoluciones del gobierno francés, cuando, después de haber leído la carta del emperador Napoleón, se conocía el documento que sigue?...

«Paris, 31 de Mayo de 1866.

«El general Almonte ha entregado al Emperador las cartas de S. M. el emperador Maximiliano, y las comunicaciones que se le encomendaron para el gobierno francés. S. M. tiene el sentimiento de deber expresar aquí la sorpresa que le han causado esas comunicaciones.

«Desde hace más de un año, las instrucciones dirigidas á los agentes franceses en México, inspiradas por el sentimiento de los deberes y obligaciones recíprocos que hemos contraído, tienen el objeto de hacer llegar al gobierno mexicano consejos dictados por los intereses de los dos países, así como por la sincera amistad que S. M. profesa al emperador Maximiliano.

«No parece que se han oído estos consejos. Así lo indican bien las proposiciones formuladas por el Sr. general Almonte, al mismo tiempo que revelan la más completa falta de conocimiento de una situación, cuyo esclarecimiento no puede diferirse ya para la corte de México.

«No hay para qué recordar el origen de la expedición francesa: su legitimidad resaltaba de nuestras quejas.—Obligados á hacernos justicia, la experien-

cia del pasado nos obligaba á buscar garantías en el porvenir contra la repetición de actos que tan á menudo habían traído represiones severas, pero siempre ineficaces, á ese país, á costa de expediciones onerosas.—Esas garantías debían resultar, sobre todo, de la fundación de un gobierno regular, bastante fuerte para romper con las tradiciones de desorden que le habían legado unos gobiernos efímeros.

«No hemos querido creer, sin embargo, que los elementos de una indispensable regeneración política fuesen desechados por la nación mexicana, y nos permitimos secundar todos los esfuerzos que el país mismo hiciera para salir de la anarquía que lo devoraba. Esta idea era grandiosa, y sedujo al emperador Maximiliano. Sin detenerse por las dificultades y los peligros de la empresa, oyó el llamado de la nación mexicana, y se dedicó valerosamente á la tarea. Creyó, lo mismo que el emperador Napoleón, que la independencia mexicana y la integridad de su territorio garantizada por un gobierno estable y reparador, afectaba grandes intereses de conciliación y de equilibrio; y sabía que no le faltaría nuestro apoyo para ayudarlo á realizar una obra provechosa al mundo entero.

«Sin embargo, los deberes del Emperador hacia Francia le ordenaban medir la importancia de los intereses franceses comprometidos en esta empresa, con la extensión del auxilio que le era permitido ofrecer á México para asegurar un éxito feliz, y con tal motivo se concluyó el tratado de Miramar.....

«La Francia ha llenado ámpliamente los compromisos que aceptó en el contrato que estableció nuestros derechos y nuestras obligaciones, y no ha recibido de México sino muy incompletas las compensaciones equivalentes que se le prometieron. Este es un hecho que debemos hacer constar, porque no depende de nosotros el suprimir sus consecuencias.

«Lejos estamos de desconocer las dificultades de diferentes naturalezas con que ha tenido que luchar S. M. el emperador Maximiliano. Si algunas veces hemos deplorado que no fuesen mejor secundadas sus leales intenciones, hemos aplaudido siempre su activa solicitud y su generosa iniciativa.

«Los resultados no han correspondido á nuestras esperanzas, á pesar de la hábil y enérgica direccion del mariscal, y de la abnegacion de un ejército que nada cansa.

«El gobierno francés facilitaba la conclusion de los empréstitos que aliviaban los embarazos del tesoro mexicano, y sin embargo, nuestras cargas solo eran compensadas con arreglos ilusorios de cuentas. Hemos dado consejos amistosos; pero la resistencia sistemática de los consejeros de S. M. se manifestaba en todo lo concerniente á los intereses de la Francia. ¿Deberemos recordar á precio de cuantos esfuerzos pudo, en fin, conseguir la legacion de Francia una insuficiente reparacion de los daños sufridos por nuestros nacionales cuando ya estaban arregladas sin difi-

cultad las reclamaciones inglesas; cuando se encontraban recursos para pagar, al contado y sin demora alguna, deudas dudosas y no exigibles? Hemos visto negar hasta el principio mismo de las reclamaciones francesas, que estaban reconocidas, sin embargo, por el tratado de Miramar, como la causa determinante de nuestra expedicion, y que aun á falta de estipulacion, hubiera constituido una deuda de honor irremisible é indispensable!

«Después de haber señalado al gobierno mexicano, en todas circunstancias, la necesidad de proveer por sí mismo á su propia conservacion, y de haberle declarado muchas veces que la cooperacion que le prestábamos no se sostendria sino mientras las obligaciones correspondientes contratadas en nuestro favor tuvieran el debido cumplimiento, le hemos expuesto las imperiosas consideraciones que nos impedian pedir ya á la Francia nuevos sacrificios, y que nos decidian á llamar nuestras tropas.

«Al tomar esta última resolucion, hemos ordenado, sin embargo, que se procuren llenar en su ejecucion todos los plazos, todas las precauciones necesarias para evitar los peligros que acarrearía una brusca transicion.

«Al mismo tiempo hemos debido preocuparnos de sustituir á las estipulaciones de Miramar, que han quedado sin ningun valor, otros arreglos destinados á asegurar la garantia de nuestras deudas. En consecuencia, el ministro del emperador en México ha

recibido instrucciones para concluir, al efecto, una nueva convencion.

«Estas instrucciones, como todos los actos del emperador Napoleon, van inspiradas de los sentimientos naturales que le inspira el Emperador de México, y por su deseo sincero de conciliar intereses que no quiere separar.

«El Emperador ha estimado las razones que han determinado á sus representantes á no apresurar la conclusion inmediata de los arreglos que les estaban indicados; pero ha sentido ver que el gabinete mexicano se ha aprovechado de su condescendencia para trasportar á Paris el asiento de una negociacion que no puede ser útilmente seguida mas que en México.

«El emperador Napoleon ha sentido, sobre todo, encontrar figurando en el proyecto de tratado sometido á su gobierno por el general Almonte, las proposiciones ya formuladas; y que cada vez que se han presentado, nos hemos visto obligados á declinar por razones incontestables. La permanencia de las tropas deberia prolongarse mas del término convenido; se nos piden nuevos adelantos, previendo la insuficiencia del tesoro mexicano; y se aplaza su reembolso á épocas indeterminadas. Ninguna prenda se nos ofrece, ni se estipula ninguna garantía para la seguridad de nuestra acreencia.—Después de las explicaciones francas, leales y completas del gobierno francés, cuesta trabajo explicarse la persistencia de las ilusiones que han presidido la concepcion de ese proyecto.

«Es imposible aceptar las proposiciones presentadas por el general Almonte, y autorizar su discusion. Seria necesario consentir en una nueva convencion.

«Si S. M. el emperador Maximiliano acepta las combinaciones que le serán propuestas, se sostendrán los plazos fijados para la salida sucesiva de las tropas francesas, y el mariscal Bazaine, de acuerdo con S. M., dictará las medidas necesarias para que la evacuacion del territorio mexicano se efectúe en las condiciones mas favorables para el sosten del orden y la consolidacion del poder imperial.

«Si por el contrario, no fueran aceptadas nuestras proposiciones, no podemos disimular que, considerándonos en lo sucesivo como libres de todo compromiso, y firmemente decididos á no prolongar la ocupacion de México, ordenaremos al mariscal Bazaine que proceda al reembarque de las tropas con toda la diligencia posible, sin cuidarse mas que de las conveniencias militares y de las consideraciones del arte, de que él será el único juez; debiendo procurar, al mismo tiempo, las seguridades á que tienen derecho los intereses franceses.

«El emperador Napoleon tiene la conciencia de haber ayudado á la obra comun. En adelante, á México es á quien corresponde afirmarse. Cuando la tutela extranjera se prolonga, es una mala escuela y un manantial de peligros: en el interior cria la costumbre de no contar consigo mismo y paraliza la actividad nacional: en el exterior suscita celos, despierta susceptibilidades. Ha llegado el momento para Mé-

xico el momento de responder á todas las dudas, y de elevar su patriotismo á la altura de las difíciles circunstancias que atraviesa. Los ataques dirigidos contra la forma de gobierno que se ha dado, se debilitarán sin duda gradualmente, tanto en el interior como en el exterior, cuando se defienda por sí solo, y llegarán á ser impotentes al fin, contra la union de los pueblos y de su soberano, cimentada en pruebas aceptadas con valor y soportadas en comun. El honor de S. M. el emperador Maximiliano y de la nacion mexicana, será la conclusion de la obra civilizadora que siempre tendremos el orgullo de haber alentado y protegido en su principio.» . . .

Nada faltaba á este ultimatum. Contenia los mas sangrientos reproches y las mas duras amenazas.

La emperatriz Carlota debia salir de México el 8.

Maximiliano puso en sus manos todas las piezas que necesitaba para emprender su difícil mision, y entre ellas una larga memoria que debia entregar al emperador Napoleon.

Llevaba tambien una pesada caja llena de documentos que servirán para escribir la historia de México, los cuales han sido depositados en Miramar.

Se cuentan mil cosas del viaje de esta valerosa mujer. Nosotros no queremos ni afirmarlas ni desmentirlas aquí.

Todo lo que digamos á este respecto, lo sabemos de la manera mas exacta.

Nadie podia esperar en Europa la decision de la emperatriz Carlota.

Almonte, sin embargo, presentia que eran ciertos los rumores que circularon en Paris en los primeros dias de Agosto, acerca de la llegada de esta jóven soberana, porque se encontró en San Nazario á la llegada del paquete, á cuyo bordo se trasladó para ponerse á sus órdenes.

Apenas habia llegado la emperatriz Carlota, hizo saber al emperador Napoleon que acababa de desembarcar sobre el suelo francés.

El Emperador estaba enfermo precisamente. Se hallaba en Saint-Cloud, obligado á guardar cama. Inmediatamente hizo conocer á la Emperatriz el sentimiento que le causaba no poder ir á recibirla, aunque «esperaba verla, decia, á su regreso de Bruselas.»

Y como Bruselas no figuraba para nada en el despacho de la Emperatriz, creyó esta que el Emperador se servia de un pretexto para no recibirla.

Pasó la noche en Nantes, llena de ansiedad, y adelantó algunas de las personas de su séquito, á fin de que le informaran con exactitud, á su llegada á Paris, si realmente estaba enfermo el Emperador. Supo á no poder dudarlo, que la enfermedad era cierta, y se tranquilizó un poco.—Nuestros trenes de Nantes llegan sucesivamente á la estacion de Montparnasse y á la de Orleans. La desgracia quiso que el ayudante enviado por el Emperador fuese á recibir á la Emperatriz justamente á la estacion á que no debia llegar, de manera que llegó al Grande-Hotel fuera de sí, y los